

piritual que un marquesito español o un tiranuelo de América. Pensamos que la calidad de una novela no depende de la cultura ni del adiestramiento mental de sus personajes, sino de la fuerza narrativa de su autor, de su poder de creación. Porque si en toda obra literaria de esa índole hay observaciones directas de la realidad, entra también en gran parte la imaginación del novelista. Si no fuese así, el cuento y la novela no pasarían de ser copias fotográficas de ambientes y de hombres.

No se piense, por lo dicho, que nos colocamos junto a los detractores apasionados del criollismo. Pero creemos que el inventario zoológico y botánico de Chile no puede constituir una obra de arte puro.

La crítica oficial, seguramente, hará un análisis completo de este interesante libro de Durand. Nosotros hemos tomado su posición ante la escuela criollista, porque nos parece equivocada.—CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.



«27 MUJERES EN MI VIDA», por *Carlos Préndez Saldías*

Parece que los poetas chilenos se han decidido a incursionar por los caminos de la prosa. Ahora tenemos el caso de Carlos Préndez Saldías, poeta ciento por ciento, que después de haber escrito trece magníficos libros de poesía, al llegar a su madurez intelectual y física se decide a entregarnos este hermoso libro que se titula «27 mujeres en mi vida».

Naturalmente, como el título lo indica, es preciso haber vivido algunos años y esperado la aparición de las canas para poder conquistar o ser conquistado por 27 mujeres. Pensamos que este libro tiene mucho de biográfico. En las primeras páginas, donde el decoro y la delicadeza del autor se lo permite, designa a su primer amor con su nombre propio, que es suficientemente conocido. La presentación la hace su hermana ma-

yor: «Te van a sentar al lado de Rosita Renard, una alumna muy seria».

Y después de aquel amor infantil, silencioso y tímido, que sólo se explica como una indefinida angustia frente al objeto amado, se van sucediendo otros y otros, formando una alegre o dolorosa cadena que se nutre con el anhelante y nunca satisfecho corazón del poeta. Préndez Saldías, en la prosa, se muestra tan seguro como en los transitados senderos de la poesía. Poeta por la gracia de Dios, no puede eludir a su llamado interior, y hay trozos que son verdaderos poemas en prosa, donde las frases adquieren una límpida resonancia.

Préndez Saldías, como auténtico poeta, tiene el don de la síntesis. Le bastan pocas palabras para hacer el retrato de una amante. «Frágil, esbelta, de duros pechos en flor, Amelia tenía en la palabra un no sé qué de misterioso y atrayente. Daba su voz la impresión de lejanía, como si se la oyese desde el recuerdo, y en las horas de amor que nos estremecían era no más que un eco tembloroso la caricia de su palabra entrecortada».

A lo largo del libro se desliza una clara sensualidad de hombre que no hace misterio de su vida amorosa. Imaginación o realidad, o ambas cosas a la vez, «27 mujeres en mi vida» ha tenido el privilegio de remover el ambiente santiaguino, tan pacato en muchos aspectos. No hay morbosidad en la obra de este escritor, ni espíritu exhibicionista. Ha escrito un libro y lo ha publicado. Eso es todo. Nos ha desnudado su alma, o una parte de ella, y nos ha mostrado su corazón tatuado de recuerdos. Y con ellos, ha realizado un libro ameno, hermoso, con un poco de sentimentalismos y rasgos románticos que no podían faltar en un poeta.

Y, si no nos equivocamos, este libro o la vida del poeta, que viene a ser casi lo mismo, tienen su clave. Escuchemos sus palabras: «Hube de decirle, como a tantas otras, que esta vida mía no es la vida que yo amo; que este deambular incesante por las calles de mi ciudad, con mi chambergo airoso entre la

multitud que todavía no se resigna a la insolencia de sus alas, es una manera de olvidar las dos grandes cosas que no tengo: paz y resignación» (página 72). Y, tal vez, sus confesiones no son sino una válvula de escape para su corazón torturado. De los hombres sólo conocemos su apariencia externa. Lo otro, que es lo principal, su alma, espíritu o mundo interior, como quiera llamársele, escapa a nuestro conocimiento, a pesar de sus confesiones.—G. D.



MURO DE CAL, cuentos por *Luis Merino Reyes*, (Ediciones «Acanto», 1946)

«Muro de Cal» debió llamarse, según nuestra opinión «Última Guarnición», de acuerdo con el sistema establecido de titular una obra con el nombre más representativo del conjunto que alberga sus páginas. Y ello no significa que el cuento «Muro de Cal» carezca de méritos. Por el contrario, la obra en general, los tiene, y en apreciable cantidad, aunque a ciertos lectores los desconcierten los temas tratados que no están siempre dentro de los cánones comunes a que nos tienen acostumbrados los escritores criollistas y los otros.

Terminada la lectura de esta obra de Merino Reyes, «Última Guarnición» queda fuertemente grabada en nuestra memoria, con rasgos indelebles. Es un cuento que podríamos llamar maestro si no temiéramos pecar de rotundos en nuestras afirmaciones. Hay en él una temática que, aunque no es nueva en nuestra literatura y en la extranjera, contiene un fondo de humanidad universal, siendo, a la vez, auténticamente criollo. Parece ser que el hombre uniformado, el militar, alberga en su alma un denominador común que los iguala a través de las diferentes épocas y en las distintas latitudes.

Esos dos oficiales, destinados a una guarnición del sur, en